

Un final feliz más allá de “conseguir al príncipe”

En ‘Cenicienta liberada’, Rebecca Solnit actualiza el relato tradicional y lo convierte en un símbolo de las “mujeres poderosas” y que toman el control, y un alegato contra la explotación infantil

“Érase una vez una niña llamada Cenicienta. La llamaban Cenicienta porque dormía junto al hogar de la cocina de una casa grande y siempre iba cubierta de ceniza y a veces las ascuas le agujereaban la ropa. Vestía prendas viejas, raídas y hechas jirones”. Y, hasta ahí, cualquier similitud con el relato recogido por autores como los hermanos Grimm o la factoría Disney.

Versiones de la Cenicienta hay muchas a lo largo de la historia, remontándose a culturas como la del antiguo Egipto y la antigua Grecia, y pasando por una china del siglo IX –con un pez mágico y unos zapatos dorados– o una francesa del siglo XII.

En *Cenicienta liberada* (Lumen), Rebecca Solnit (San Francisco, 1961) escribe su propia versión de este “relato primitivo sobre una niña abandonada que consigue recuperar el bienestar (según la clasificación de los cuentos tradicionales de Aarne-Thompson-Uther)”. Lo hace desbrozándolo de la obsesión por “conseguir al príncipe” para convertirlo en un cuento sobre la transformación y sobre la liberación. Y, para ello, se acompaña de las ilus-



traciones, transformadas también en siluetas, que Arthur Rackham (1867-1939) dibujó para la versión del cuento de C. S. Evans, publicado en 1919. Cenicienta se convierte, así, en un símbolo de esas “mujeres poderosas que toman el control de los medios de producción y

destrucción y avanzan por el mundo como si fueran leonas”. Y, también, en un recuerdo de todos los menores no acompañados que llegan a Estados Unidos desde Centroamérica; de “los inmigrantes empleados en el servicio doméstico”; los niños que viven con familias de acogida y, en general, “todas las criaturas que no conocen la bondad ni la seguridad en su vida cotidiana”.



da y, en general, “todas las criaturas que no conocen la bondad ni la seguridad en su vida cotidiana”.

Solnit, escritora, historiadora y autora de numerosos libros sobre feminismo como *Los hombres me explican cosas*, y también sobre temáticas como la historia de la cultura occidental, el poder popular y los cambios sociales, no quería que “la solución a la explotación laboral y al trabajo degradante” de su protagonista fueran el matrimonio –“vivimos en una época en que el matrimonio no determina el futuro económico de las mujeres ni su identidad”, reflexiona– y “la ociosidad de una princesa que endosa las tareas a otras personas”.

Por eso, su Cenicienta encontrará la felicidad en “el buen trabajo, lleno de sentimiento, dignidad y autonomía” que le proporciona su propia pastelería. También las hermanastras vivirán su propia liberación, lejos de las imposiciones de la obsesión por la belleza y la riqueza. Incluso el príncipe encuentra su propia libertad, lejos de las obligaciones de palacio.

Y la única que no encontrará redención en esta revisión del cuento es la madrastra, “encarnación de una avidez insaciable y de su parte más sórdida, el egoísmo”. “Es quien somos todos nosotros cuando nos sentimos pobres en medio de la abundancia”, reflexiona Solnit.

Así, nieta de dos abuelas que “fueron niñas sin madre, desatendidas y con pocos estudios”, Solnit escribe esta versión actualizada del cuento, con la esperanza “de que se produzca la liberación de todos los niños explotados e infravalorados, todos los chiquillos que se sienten solos”. Y, también, con la esperanza de que, ellos también, “lleguen a escribir su propia historia y la saquen a la luz con amor y liberación”.

Beatriz Rucabado

A sus quince años, Anne se siente totalmente fuera de lugar en su casa. Alta y ancha, mientras en su familia “todo era pequeño, como la casa, aunque fuesen un montón”, sus días están marcados por los “baña a la bebé”, los “lava las ollas, no te quedes ahí sentada” y los “aparta de ahí, me oyes, haz algo útil, haz las patatas por mí, saca la pizza del congelador, verás como tenga que repetírtelo”. Por eso, un buen día, decide irse al bosque. El mismo que siempre le ha gustado contemplar desde la ventana. Y, en contra de lo esperado, nadie la busca. “¿Todo bien? (...) No dejes que tu madre te vea así”, es lo único que le dice su padre cuando la ve, semanas después, de camino al trabajo.

Para su debut en el mundo de la ficción, Laura Beatty (Keen, 1963), quien ya había explorado el género de las biografías con una obra centrada en la actriz y sufragista británica Lillie Langtry, eligió trasladarse a los márgenes de la sociedad. Impedimenta recupera ahora en castellano esa obra, *La poda*, todo un canto a la naturaleza y una metáfora sobre la llamada de los bosques.

Huida al bosque para encontrar la libertad

Impedimenta publica en castellano ‘La poda’, de Laura Beatty, que fue galardonada con el Author’s Club Best First Novel Award por su canto a la naturaleza y su mirada a los márgenes de la sociedad

Con ella, Beatty ganó el Author’s Club Best First Novel Award y fue preseleccionada para el premio RSL Onddatje, galardones que reconocieron en ella no solo una conmovedora oda a la naturaleza, sino también la mirada a los desarraigados y a quienes se sienten distintos.

Así es la protagonista de la novela, una adolescente en una familia de seis hermanos, torpe y con poca facilidad de palabra, y siempre con la mirada fija en el bosque, lugar de “muchísimas cosas tan felices y tan altas” y donde “no había torpeza (...) que ella supiera”. Un día, decide pasar la noche en el bosque.

Nadie la busca. Regresa a por provisiones y herramientas y vuelve a marcharse. Siguen sin buscarla. Y, poco a poco, se va haciendo su hueco en el bosque, entre troncos y hojarasca. Construye su refugio, recoge agua en un pozo, aprende a cazar... Observa a los zorros y a los ciervos, aprende a sobrevivir en la naturaleza, y poco a poco, a entender el coro de los árboles. “Somos testigos”, se dicen unos a otros, “mientras los años pasan”. “No existen similitudes entre un hombre y un árbol. Hasta donde alcanzamos a ver”, remachan. Pero junto a las de la naturaleza, en el bosque también se escuchan otras voces. Las de los excursionistas, las de un hombre armado con una pistola, niños que chapotean, perritos... Y, pronto, el sonido de unas motosierras que amenazan la paz y la libertad de Anne.



“Hubo una vez un bosque”, describe Beatty. “Nada más en

un principio, replegado, filtrando luz y meditando sobre las semillas que caían en espiral desde sus vástagos hacia la maraña del suelo. Pájaros, vida salvaje”. Más tarde, sostiene, “alguien lo encontró, lo definió” y lo demarcó. Y, con el devenir del tiempo, acabó conviviendo con el pueblo, “justo ahí”.

De esta manera el bosque de Anne se convierte en un símbolo y una metáfora de todos los bosques y de la naturaleza perdida, esa que se divisa desde las ventanas y que vive bajo la amenaza de la aniquilación por el ser humano.

B. R.